

En un rápido y bien documentado repaso, Beatriz Barba de Piña Chan menciona en el prefacio de este libro algunos sitios y fechas de peregrinaciones que en el mundo mesoamericano se realizaban y que son el antecedente histórico y cultural de las actuales, ya sincretizadas con el cristianismo traído de Europa.

Apoyados en la *Relación histórica del Santo Cristo del Santuario y Convento de Chalma*, escrito en el convulsivo año de 1810 por el fraile Joaquín Sardo, los autores hacen una sucinta reconstrucción de los acontecimientos que permitieron la implantación del cristianismo y el surgimiento de un santuario católico en una región y un lugar sagrado donde antiguamente se rendía culto a una deidad mesoamericana, Ostoc Téotl, numen de las cuevas asociado, según la interpretación de diversos autores, con Tláloc y Tezcatlipoca.

De acuerdo con esta *Relación* fueron los frailes agustinos quienes iniciaron la evangelización de los indios ocuiltecas durante la tercera década del siglo XVI, recorriendo el accidentado territorio del Señorío de Ocuilan al que pertenecía Chalma. En ella se relata que en la cueva donde hoy se encuentra, significativamente, la imagen de San Miguel Arcángel, había un altar donde los indios tenían colocada la figura de Ostoc Téotl –u Oztotéotl, como sugiere Yolotl González– ante la cual ofrendaban los corazones y la sangre de infantes y animales sacrificados en un ambiente impregnado por el humo del copal.

En todo proceso sincrético se abre una gama de rechazos y adopciones que comprende desde las personas que han sido ganadas casi por completo a la nueva fe –digo casi porque siempre permanecerán



EL PUEBLO DEL SEÑOR

**MARÍA J. RODRIGUEZ SHADOW
Y ROBERT D. SHADOW**

UAEM, HISTORIA/23, MÉXICO, 2000.

elementos culturales mesoamericanos que la distinguirán de su matriz europea– hasta quienes permanecerán durante largo tiempo practicando los antiguos cultos, sea en forma clandestina o abiertamente mediante una hábil simulación. Una vez abierto este abanico de intensidades, que obviamente se modifica a lo largo de la historia, sus protagonistas quedan colocados en distintas posiciones de poder. Quienes han asumido sinceramente la evangelización cristiana van a denunciar permanentemente a aquellos que aún practican ritos ancestrales y se resisten a aceptar los evangelios como la única religión verdadera.

De acuerdo con la leyenda piadosa –escriben los Shadow–, en vísperas de la Pascua del Espíritu Santo de 1539, dos frailes agustinos fueron guiados por algunos naturales hasta la cueva en que se llevaban a cabo “prácticas idolátricas”, donde en efecto hallaron evidencias del culto a Ostoc Téotl. El fraile Nicolás de Perea hablaba el ocuilteco y se dirigió a los indios diciendo que el ídolo que allí se adoraba no era Dios, sino el demonio que buscaba su perdición y su muerte eterna. Dijo, según refiere la *Relación* de Sardo, que no había más Dios que Jesucristo, hijo del Dios verdadero, quien vino al mundo para que todos alcanzaran, con el precio de su sangre, la vida eterna. Los indígenas que escucharon estas palabras pidieron un día de plazo para tomar una decisión. Al tercer día los frailes se encaminaron nuevamente hacia la cueva, llevando una cruz sobre sus hombros y acompañados por ocuiltecas que compartían su fe. Iban con la firme determinación de destruir la imagen de Oztotéotl y colocar en su lugar una Santa Cruz que ahuyentara al demonio, lo que quiere decir que vencido el plazo dado por los nativos éstos se habían negado a aceptar la nueva fe. Al llegar a la cueva les sorprendió constatar que el Dios cristiano “se les había adelantado”, que ya había reducido a fragmentos a Ostoc Téotl y en su lugar había colocado una imagen suya. El ambiente en la cueva había sufrido también un cambio notable, había flores y aromas agradables en lugar de animales y “sabadrijas venenosas como víboras, escorpiones y alacranes, inmundos compañeros del infernal maligno huésped que la habitaba”. El hecho de que el culto al numen prehispánico se realizara en el

interior de una cueva donde se permitía la proliferación de estos animales, además de algunas características rituales como el sacrificio y el ofrecimiento de sangre, sugieren su íntima asociación con las deidades del agua, la vegetación y el inframundo.

Fray Joaquín Sardo dice que esta maravillosa aparición, en la que abundan las flores, no hay que olvidarlo, se produjo en la Pascua del Espíritu Santo, es decir, el 8 de mayo, día en que se celebra la aparición del arcángel San Miguel, quien tiene su fiesta mayor el 29 de septiembre. Concediendo veracidad al relato de este clérigo, podemos pensar que los indígenas que fueron interpelados en el interior de la cueva por los frailes agustinos se preparaban para iniciar el ciclo agrícola rindiendo culto a una de sus deidades propiciatorias, de modo que el sincretismo que va a producirse a partir de este evento crucial nos remite también a las tareas agrícolas, pues entre principios de mayo y fines de septiembre, las dos fechas de San Miguel, ocurren las labores en el campo.

Volviendo al relato de la aparición de la imagen de Cristo en la cueva, los autores se refieren a este acto como al "método de la sustitución" que se utilizó frecuentemente en el territorio evangelizado. Lo que no sabemos y probablemente nunca sepamos es quién llevó a cabo esta sustitución, si los frailes agustinos o los propios indígenas evangelizados, precisión que no carece de importancia pues nos indicaría, o el grado de aceptación de la doctrina cristiana entre algunos indios, o el grado de violencia ejercida por los frailes contra los antiguos dioses en el proceso de conversión religiosa en la región.

A los crédulos oídos de Sardo –dicen María y Robert Shadow citando al fraile– la imagen del Cristo no pudo ser fabricada por manos humanas ni colocada por éstas en la cueva, "sino que fue formada por artifice más elevado, y puesta en el lugar por angélico misterio, sin otro concurso humano". Ésta es, desde luego, la idea que sustenta la fe que en el Cristo tienen los cientos de miles de peregrinos que la visitan año con año para pedir o agradecer favores cumplidos.

Un siglo y medio permaneció este Cristo en la cueva sin sufrir mutilaciones o ataques de cualquier tipo por parte de los fieles que a ella acudían, lo que habla no sólo de la disposición de los indígenas para adoptar nuevas deidades, sino de los poderes que muy pronto se le atribuyeron a la nueva imagen. Después de todo, una figura humana sacrificada y sangrante, colocada en un sitio donde se practicaban actos rituales semejantes, no implicaba una ruptura radical con la concepción mesoamericana.

En el pensamiento sagrado es decisiva la forma, pero lo son más las fuerzas y poderes que esa forma apenas representa, quiero decir, los rostros de los dioses pueden cambiar, pero no la fe en las fuerzas que ellos gobiernan y que hacen posible la vida de los hombres. Si esto no fuese así el sincretismo, en cualquier parte del mundo, hubiera sido imposible y la fe se hubiese extinguido con la desaparición de las formas. La existencia de lo sagrado está garantizada en su transformación.

Los autores se preguntan si en los cimientos del santuario hay imágenes enterradas de Ostoc Téotl y dejan abierta la posibilidad de su existencia "toda vez que este fenómeno se ha observado en otros

lugares en los que se ha llevado a cabo esta violenta política de sustitución".

María y Robert Shadow escriben que la imagen del Cristo de Chalma que conocemos actualmente fue elaborada con las cenizas y restos carbonizados que pudieron rescatarse del original que se destruyó en un incendio a fines del siglo XVIII. Esta imagen, dicen los autores, es verdaderamente impresionante; "es la viva representación del sufrimiento, con la que sin duda se identifican muchos de los fieles que le rezan con fe".

Con mirada atenta los Shadow recorrieron las calles del pueblo, los alrededores y el interior del santuario para ofrecernos una descripción minuciosa que permite reconstruir desde la página tanto el ambiente de fervor religioso como el bullicio callejero que reina en este lugar durante las fiestas, que comprenden la feria de Reyes, la del Primer Viernes de Cuaresma, la Semana Santa, la Pascua de Pentecostés, la fiesta del 1 de julio que es la del propio Señor de Chalma, las ferias de San Agustín y San Miguel Arcángel y, finalmente, la Navidad, todas ellas descritas en el texto.

De la comida ofrecida al borde de la banquetta a los exvotos alineados sobre los muros del santuario, los autores nos conducen por los más diversos espacios del templo describiendo su arquitectura, sus pinturas e iconografía religiosas. Enumeran una docena de Cristos a quienes se les rinde culto en otras regiones y a los que habría que añadir los de Tepalcingo y Tepetlaxpa. Llamen la atención del lector sobre la creciente mercantilización de las fiestas, que ha tocado aspectos tan íntimos como la devoción de los "jurados", quienes a

cambio de una cantidad de dinero registran en un cuaderno sus promesas al Señor de Chalma y reciben una credencial que los acredita como fieles comprometidos con un juramento. Esto además de la gran variedad de artículos religiosos que están a la venta simultáneamente con las bebidas alcohólicas y, para quien lleve gusto y un poco más de dinero, las prostitutas. El salto de la devoción religiosa a la sexualidad profana que nos revelan los autores tal vez no esté exento de profundos vínculos que valdría la pena investigar. Su sola yuxtaposición es ya sugerente y atractiva. Por desgracia los estragos de la masificación de estas fiestas aparecen por todos lados –el más dramático ocurrió un miércoles de ceniza cuando murieron aplastadas 42 personas– sin que las autoridades civiles y religiosas hagan un esfuerzo por evitarlo: la basura lo invade todo y la falta de sanitarios gratuitos hace que “el pueblo de Chalma esté literalmente lleno de mierda”.

Los autores establecen, de acuerdo con su trabajo de campo y sus fuentes, una tipología de las fiestas que se celebran en el santuario, distinguiendo tres formas de participación: la que se congrega en torno a las mayordomías, la individual y la de gestión clerical. En todas las fiestas las danzas cumplen un papel primordial debido a su carácter sagrado, a que son una forma de ofrendar y alabar a Dios, a que son, como los mismos danzantes les dijeron a los antropólogos, “una oración en movimiento”. Por desgracia, en un número cada vez mayor de fiestas, las danzas destinadas a los santos patrones de los pueblos se van convirtiendo en simples espectáculos o en “bailables” escolares que

no tienen ya como destinatario a una entidad sagrada sino a una autoridad civil y un público visitante. Pero en Chalma estamos ante peregrinos que han caminado cincuenta horas, con muy breves descansos y con el propósito auténtico de ofrendar al Santo Cristo el sacrificio que esto implica. Muchos de ellos llegan al santuario de rodillas, otros cargando pesadas cruces que bajan de los cerros circunvecinos. No existen obviamente danzas prehispánicas, aunque sí es una costumbre prehispánica el acto mismo de danzar ante las deidades, lo que no deja de ser importante y significativo. Por sus nombres y su contenido todas parecen ser de origen colonial: Moros y Cristianos, los Vaqueros, Santiagueros, Cañeros, Arrieros, Las Pastoras, Danza Gitana, los Negritos, los Romanos, danza Azteca y Chichimeca.

Entre las fiestas descritas atrajo particularmente mi atención la Feria de Pascua de Pentecostés, celebrada del 12 al 19 de mayo. Durante esta fiesta se conmemora la Ascensión del Señor y comienza el cuarto jueves después de Semana Santa, coincidiendo con la legendaria aparición del Señor de Chalma. Los peregrinos asisten en esta ocasión a rendir culto a más de setenta cruces ubicadas en los cerros contiguos a la barranca donde se encuentra el santuario. Las cruces fueron colocadas en esas alturas con la finalidad de ahuyentar a los malos espíritus, al Diablo y a las brujas.

Los fieles inician su trabajo ritual el 12 o 13 de mayo, es decir, poco más de una semana después del día de la Santa Cruz, seguramente debido a que el día 3 se ocuparon de las cruces ubicadas en sus respectivos pueblos, barrios y colonias.

Estas cruces simbolizan la fe que sus dueños tienen en los poderes divinos y fueron colocadas por ellos como testimonio de un favor recibido, de una promesa cumplida. Son objetos sagrados en torno a los cuales se establecen vínculos de ayuda mutua y de compadrazgo. Año con año son objeto de culto y devoción pero también de mantenimiento y reparación. Cuando el desgaste las ha inutilizado se sustituyen por otras nuevas. Así habrán de conservarse a lo largo de la vida hasta que llega el momento en que se heredan a una persona que haya mostrado un respeto y una fe hacia ellas semejante a la de su dueño original. Cuando una persona hereda una de estas cruces está recibiendo un objeto cargado de un poder y una tradición que se remontan mucho más allá de las afinidades que tenía con quien le heredó. Del mismo modo, cada uno de los peregrinos que asisten a estas celebraciones, generan un ambiente de fervor religioso, de entrega emocional que va más allá del destinatario visible en turno, sea Ostoc Téotl o el Señor de Chalma.

El libro que María y Robert Shadow nos entregan ahora es de algún modo la culminación de al menos doce años de estudio y reflexión sobre las manifestaciones religiosas de este santuario, algunos de cuyos resultados fueron publicados o presentados en diversos congresos, de modo que este trabajo proporciona una visión de conjunto que integra a los textos anteriores dotándolos de un contexto más rico en información y propuestas teóricas.

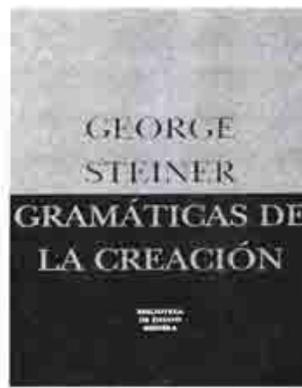
Julio Glockner



NORMAS PARA EL PARQUE HUMANO
PETER SLOTERDIJK
SIRUELA, MADRID, 2000

Peter Sloterdijk irrumpe con este libro, de valor no sólo intelectual sino también literario, en el aburrido marco de la academia filosófica alemana de los últimos diez años para levantar una polémica sin precedentes. El escándalo parte de su melancólica declaración del fracaso del humanismo como utopía de la domesticación humana mediante la lectura, ante las nuevas técnicas de agitación y desinhibición de las masas, pero también del supuesto flirteo con el vocabulario nazi y con las peligrosas fantasías de Nietzsche acerca del superhombre, así como con las ideas de Platón sobre el Estado como parque zoológico humano, donde una élite de sabios planifica la vida de los hombres como si se tratara de una empresa.

Este ensayo se enfrenta de forma optimista y valiente a la nueva realidad biotecnológica y propone a la filosofía la urgente tarea que de ella se deriva: repensar la esencia de lo humano más allá de los corsés impuestos por la caduca cultura humanística.



GRAMÁTICAS DE LA CREACIÓN
GEORGE STEINER
SIRUELA, MADRID, 2002

“No nos quedan más comienzos”, es la primera frase de este nuevo libro de George Steiner, que explora la idea de la creación en el pensamiento, la literatura, la religión y la historia occidentales. Con altura intelectual y gran elegancia de estilo, Steiner nos sumerge en las fuerzas directrices del espíritu humano para reflexionar sobre los diferentes modos que hemos tenido de nombrar el principio, de designar el acto creador, en contrapunto con el cansancio que pesa sobre el espíritu de final del milenio, con su cambiante gramática de discusiones acerca del fin del arte y del pensamiento de la civilización occidental.

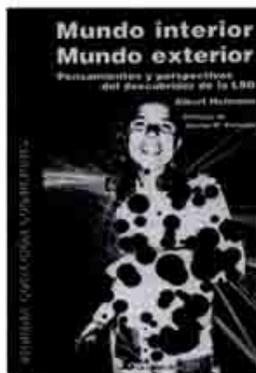
A través de diversos temas —la Biblia, la historia de la ciencia y de las matemáticas, la ontología de Heidegger, la poesía de Paul Celan—, Steiner examina la desesperanza que ha sembrado la duda racional a lo largo del siglo xx. Reconoce que, tal vez, la ciencia y la tecnología hayan reemplazado al arte y la literatura como fuerzas conductoras de nuestra cultura, lo que trasluce una pérdida significativa. Sin embargo, Steiner concluye esta obra con una elocuente evocación de cómo los comienzos, pese a todo, son interminables.



EL GABINETE DE LAS MARAVILLAS DE MR. WILSON
LAWRENCE WESCHLER
SEIX BARRAL, BARCELONA, 2001

La yuxtaposición de lo auténtico y lo fantástico inspira cada página de este irresistible libro. Porque en *El gabinete de las maravillas de Mr. Wilson*, Lawrence Weschler busca lo ecos de los primeros museos, y se mueve entre la veracidad y la ficción del arte, a partir de citas literarias como las forjadas por el imaginario mundo de Borges o de Calvino. Este libro asombroso rinde homenaje a la voluntad y al empeño de quienes han dado rienda suelta a los caprichos de la mente.

Hormigas con púa, humanos cornudos, tostadas de ratón y otros prodigios son algunas de las cosas que pueden encontrarse en el Museo de Tecnología Jurásica de David Wilson, un lugar asombroso en el West Side de Los Angeles, que familiariza a los visitantes con su innato sentido de la maravilla haciendo que se pregunten cuáles de los objetos allí expuestos son reales.



MUNDO INTERIOR
MUNDO EXTERIOR
ALBERT HOFMANN

LA LIEBRE DE MARZO, BARCELONA, 2000.

¿Cuál es la verdadera realidad? ¿La sobria imagen del mundo del científico o la arrebatada imagen del mundo del místico? las experiencias místicas espontáneas o influidas por determinadas drogas llevaron al autor, descubridor del LSD, Dr. Albert Hofmann, a plantearse esta pregunta. Penetró en la realidad que muestra ese problema filosófico fundamental desde una nueva perspectiva. Su respuesta a la pregunta es puesta al alcance de los lectores que no están habituados a leer textos filosóficos. A lo largo de cinco preciosos y definitivos ensayos, el autor se aventura en los espacios de una reflexión que le acerca a las verdades del místico.

Hofmann propone, con la dignidad que le caracteriza, una visión de la vida en la que el espíritu y la materia no están reñidos y en la que el egoísmo humano aparece como un fruto de la ignorancia.



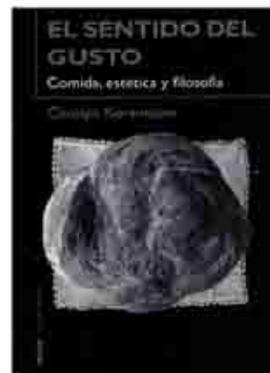
SOBRE LAS PASIONES

JON ELSTER

PAIDÓS, BARCELONA, 2001.

La emoción y la adicción forman parte de un circuito mental que discurre desde los impulsos claramente viscerales –como el hambre, la sed y el deseo sexual– hasta la adopción serena y racional de decisiones. Así, aunque presupongan motivaciones viscerales, también están estrechamente unidas a aspectos cognitivos y culturales, suministrando así un material fascinante para el estudio que Jon Elster realiza en este volumen sobre las interrelaciones entre tres enfoques explicativos de la conducta: la neurobiología, el análisis cultural y la teoría de la elección.

El libro se organiza en torno a análisis paralelos de la emoción y la adicción para dilucidar sus características comunes y sus diferencias. El estudio de Elster arroja nueva luz sobre la génesis de la conducta humana, mostrando en último término el modo en que los aspectos cognitivos, la elección y la racionalidad, se ven minados por los procesos físicos que subyacen a las ansiedades y a las emociones más profundas.



EL SENTIDO DEL GUSTO

CAROLYN KORSMEYER

PAIDÓS, BARCELONA, 2002.

El sentido del gusto, quizás el más íntimo de nuestros cinco sentidos, ha sido tradicionalmente considerado como poco adecuado para analizarlo con una cierta seriedad: demasiado físico, demasiado particular y personal. No obstante, además de provocar placer físico, comer y beber son acciones que atesoran un valor simbólico y estético en la vida de las personas, e inspiran continuamente a escritores y artistas. Carolyn Korsmeyer explica cómo ha llegado el gusto a ocupar un lugar tan bajo en la jerarquía de los sentidos y por qué merece una mayor atención y respeto.

Korsmeyer comienza con los grandes pensadores griegos, que clasificaron el gusto como un sentido inferior y meramente físico. Luego aborda los paralelismos entre los conceptos de gusto estético y percepción gustativa que encontramos en el origen de las teorías estéticas modernas. A continuación, presenta una visión científica del funcionamiento real del gusto e identifica múltiples componentes en las experiencias gustativas. Centrándose en los objetos del gusto –la comida y la bebida–, observa los diferentes significados que han adoptado en el arte y la literatura, así como en la vida cotidiana, y propone un acercamiento al valor estético del gusto que reconozca el papel representativo y expresivo de la comida.